

## SICILIA: LETTERATURA E PAESAGGIO

SARAH ZAPPULLA MUSCARÀ Y ENZO ZAPPULLA  
UNIVERSIDAD DE CATANIA

No se puede evocar de nuevo los paisajes del pasado, diríamos que Dios no quiere; hay en ellos algo del Edén que se consiente al hombre una sola vez. ...él no puede regresar a ellos. (Anna Maria Ortense)

Todo paisaje es un estado del alma, y quien sabe leer en uno y otro se asombra al encontrar la semejanza en cada detalle. (Henri Frédéric Amiel).

A quien se acerque por mar a las costas de Sicilia esparcidas o desplegadas sobre el Tirreno, sobre el mar de África o sobre el Jónico, a cada milla ganada a medida que se van levantando sobre el horizonte, las mesetas y promontorios se encienden acechando el mar que se precipita en abismos y barrancos o se placan con leve inclinación sobre amplias zonas de litoral cortadas o arenosas, la isla aparece más accidentada de lo previsto con el dorso *gravado* por cadenas montañosas que hacen de séquito al volcán activo más grande de Europa surgido de las aguas. Los tres cabos Lilibeo, Peloro y de las Correnti, que coinciden con los vértices del triángulo que le ha valido a la isla el nombre de Trinacria, línea divisoria del mar y del cielo, hacen aparecer aún más amplios golfos, bahías, playas y más profundas ensenadas, entrantes, desfiladeros, a menudo surgidos por la lenta erosión de antiguos edificios volcánicos que sólo es posible alcanzar con pequeñas embarcaciones. El navegante tiene la sospecha de haber alcanzado un continente —y en efecto mucho

tiempo y arduas exploraciones necesitaron los primeros habitantes hasta llegar al sorprendente descubrimiento de que se hallaban en una isla, y aún más hasta intuir la forma—, un continente que eligió transformar a sus visitantes colocando entre éste y el resto de Italia una franja de mar de apenas tres kilómetros.

La simplificación lógica a la categoría de isla, corroborada además por largos itinerarios terrestres, ha dado de Sicilia, percibida en su multiforme fisionomía o sublimada en la representación literaria, la imagen geonómica ampliamente compartida y ansiosamente buscada de la diversidad. En tensión dialéctica entre ser y parecer, Sicilia, tierra de ancestrales contradicciones y de extravagantes antinomias, ha promovido en sí misma un juego irónico dirigido a destacar, o quizá burlar, las leyes del espacio entendido en su duplicidad de espacio conceptual y espacio perceptivo.

El espacio conceptual, geométrico, consiente con Galileo leer el universo “escrito en lengua matemática, cuyos caracteres son triángulos, círculos y otras figuras sin las cuales es imposible entender humanamente nada. Es extensión homogénea “sin ninguna propiedad de cosa en sí misma”, como escribe Kant, ilimitada, indefinida, sujeta a la medida abstracta, forma pura de la intuición externa, en virtud de la cual “todos los objetos del mundo sensible concuerdan en modo perfecto con las proposiciones de la geometría”. Espacio que, cuando se aclimata y se convierte en ambiente físico, no pierde su objetividad, constituyendo la condición de la universalidad del discurso científico que hace de Sicilia una isla con una costa de 1.039 kilómetros, comprendida entre 36°, 40' y 38°, 20' de latitud norte y 12°, 25' y 15°, 40' de longitud este, situada en el centro del Mediterráneo, equidistante, en el punto de convergencia del Tirreno y del Jónico, donde surge la ciudad de Messina, Gibraltar, Suez y Odessa.

El espacio perceptivo, que es propio de la experiencia vivida y de la actividad mito-poiética, es por el contrario extensión heterogénea, rica en cualidad, limitada, definida, sujeta a la medida individual. Junto al único espacio conceptual, que permite trazar meridianos y paralelos, medir el universo, dominar y moderar las fuerzas, infinitos espacios perceptivos, vinculados a la experiencia personal de cada cual. Espacios propios que encuentran su más alta expresión en las obras artísticas, que

precedieron y acompañaron al dominio científico de la naturaleza proyectando en el cosmos “el hombre de pena”.

“Sería necesario sobrevolar la isla, y abrazarla con un vistazo en el prisma entero de sus colores: el pardo de las montañas, el gris plomo de las escorias volcánicas, el ‘color del vino’ del mar, el amarillo de la arena, el insolente azul del cielo, el verde oscuro de los castaños, el verde plata de los olivos, el verde oro de la Conca d’oro... Y añadir el arcoiris de las flores, el dorado de las iglesias y del grano, el candor de las minas y de las salinas, el blanco-polvo de las veredas”. Palabras de Gesualdo Bufalino.

Giuseppe Tomasi di Lampedusa en lugar de los variopintos aspectos de la Sicilia “auténtica” exalta “aquéllos para los que ciudades barrocas y naranjos no son más que adornos insignificantes: el aspecto de una aridez ondulante en el infinito, un grupas sobre grupas, desalentadas e irracionales, de las cuales la mente no puede captar las líneas principales; concebidas en un momento delirante de la creación: un mar que de repente se ha petrificado en el instante en el que un cambio de viento ha enloquecido las olas [...] más allá de las colinas, por una parte la mancha añil del mar, más mineral aún e infecunda que la tierra.

Con el espacio, el tiempo, otra forma pura de la intuición sensible, también éste discernible en tiempo conceptual y en tiempo perceptivo. El uno “imagen noble de la eternidad” según Platón, el otro “medida de la extensión del alma en el recuerdo, en la atención, en la espera” según San Agustín. La unidad del espacio y el tiempo en un único *continuum*, objetivo de la ciencia moderna y particularmente de la física post-heinsteniana, forma parte de la experiencia vivida, de la especulación filosófica y del misterioso proceso de la creación artística.

Michail Bachtin, que descubrió el inextricable nudo entre ciencia y no ciencia en la unidad espacio-temporal, indicó en el concepto de cronotopo una de las categorías principales de la obra literaria. Y en la obra literaria, la idea moderna de paisaje entendido como personaje privilegiado —“el héroe” bachtiano precisamente— del dramático diálogo entre el yo y la naturaleza. Diálogo que avanza a través de efectos de espacio y tiempo unidos en el ritmo de líneas y superficies que se configuran como alteridad. Resultado de inteligencia y actividad febril, testimonio histórico, materia y forma de la cultura, horizonte de libertad, el paisaje no es solamente espacio que se constituye en objeto de experien-

cia visual, de juicio estético, de ejercicio literario, sino *speculum vitae* y lugar mental, no viviendo en sí en cuanto dado como memoria. Y el escritor, recuerda Merleau-Ponty, “es el que establece y hace accesible a los más ‘humanos’ de entre los hombres el espectáculo del que forman parte sin verlo”, introduciéndolos con sensaciones de vértigo en ese espacio reencontrado, a un tiempo real y metafísico, en el cual se ejercita y se expresa el arte de la percepción. A diferencia de los otros sentidos, la vista distancia, aísla, secciona, fragmenta. Acto creativo, introduce entre el yo y el mundo un diafragma de luz que exalta o deprime. Calcínable y dolorosa la de la isla, ya en la mirada de los antiguos cantores. Encomendada al inmutable secreto de la escritura, se graba en el alma acompañándose en el imaginario como la única capaz de generar delirio y ceguera. El paisaje iluminado o herido es sólo espacio ideal. Es inútil buscarlo en otra parte.

Pero, si el paisaje vive en virtud de categorías estéticas y psicológicas, ¿qué admirará el navegante que una vez llegado a la isla emprenda su viaje, fascinante y accidentado como la vida? ¿Las grandes ciudades a lo largo de interminables costas, amarillas de azufre blancas de sal o negras de lava? ¿Los pequeños centros enraizados en las laderas de los montes? ¿Los pueblos del interior quemados por la implacable sed? ¿Los penachos purpúreos del Etna en erupción? En su caminar bordeará vetustas murallas, atravesará plazas tendidas sobre el mar o escondidas en los cruces de las calles. Visitará orgullosos palacios, iglesias espléndidas, majestuosos templos. Contemplará las huellas de la historia, estimando su “significado” y “valor”. Desde las ruinas griegas a los estragos de la moderna urbanística, contemplará ese espectáculo bajo el prisma de su propio patrimonio histórico, cultural, existencial, filtrándolo a través de un complejo mecanismo de introyección deformación, proyección de las imágenes, que conduce a la idea del mundo según la cual, escribe Schopenhauer, “el significado y el valor de la realidad dependen exclusivamente del sujeto”. Moderna reelaboración de la antigua máxima de Protagora, “el hombre es medida de todas las cosas, de las que son en cuanto que son, de las que no son en cuanto que no son”. Más repleto estará su equipaje, más rica y dispar le parecerá la Sicilia de la que, surcando las costas, ha oído sus milenarias leyendas, sus gloriosos mitos: Scilla y Cariddi, Demetra y Persefone, Aci y Galatea, Ulises y el Cíclope. Y las épicas gestas de Orlando y Rinaldo. Y quizá le cueste creer que ha llegado a un país real por más que con pericia de científico indague la

disposición de la orohidrografía, las características del ambiente, de la flora, de la fauna, del clima. Y más aún, los tratados antropológicos, inestables como las figuras de un caleidoscopio que al más leve toque desplaza los espejos, deshace los colores y las formas para recomponer todo de una manera distinta. Por mágicas alquimias de la memoria verá la impetuosa locura de Demetra a la búsqueda de su raptada hija Persefone traducirse en el desgarrado, solitario vagar de la Loba entre los “rastros secos de los campos inmensos” de Vizzini que se pierden en el bochorno “lejano lejano hacia el Etna neblinoso”. La furia del Cíclope ultrajado por Ulises, en el escollo desconsolado de Trezza del que con el corazón lleno de ignorada viudez Maruzza continúa mirando el mar en tempestad. O el tronar de Efesto desde las secretas vísceras del volcán, en el cruento tumulto de Bronte en el que melancólicamente se apaga el grito de *Libertad*. Es la Sicilia amarga y dolorosa de Verga la que desde los orígenes mitológicos se impone. “Menos real y sin embargo más verdadera”, pirandellianamente elevada en virtud de la escritura a la dignidad de personaje, inmutable y eterno. En esta tierra sin espacio ni tiempo, vivida y compartida, donde, escribe André Gide, “cuando los campos cesan entre las escorias volcánicas crecen no frágiles asfódelos”, cada mujer enamorada y traicionada será Santuzza, cada muerto asesinado *cumpari* Turiddu.

Si ese navegante se nutre de las obras de los autores, entre los más incisivos y vitales de la literatura contemporánea que generosa e incansablemente la han cantado con obstinada vocación, de la isla podrá comprender sus innumerables almas. La sulfúrea de Pirandello que, entre pena y escena, con corrosivo discurrir se burla amargamente de la vida, fruto del Caos y del caso. La inquieta y sombría de Sciascia, cruel debido a sangrantes heridas de mafia. La fabulosa y onírica de Bonaviri que resuena de las múltiples voces del universo. La extenuante y trágica de Brancati, irónica y sensual de Patti, resignada y violenta de Consolo, cotidiana y metafísica de D'Arrigo, inmóvil y presuntuosa de Tomasi di Lampedusa.

El paisaje de Sicilia emergerá por tanto heterogéneo e intenso, sólo marginalmente ligado a la realidad geográfica, marcado como está por la cadencia memorial de páginas por las que ese moderno Odisseo habrá peregrinado. Su ojo distinguirá en el espacio virtual *Las ciudades del mundo* de Vittorini, *Las parroquias de Regalpetra* de Sciascia, *La tierra incomparable* de Quasimodo, *Las piedras de Pantalica* de Consolo, *La pequeña playa* de

Lauretta, *La isla amorosa* de Bonaviri. Fabulosa, mítica, arcana, literariamente reconstruida en un cuadro de alucinada complejidad, *El paraíso terrestre* de Campailla. Reconstruida históricamente o soñada por narradores rebeldes de confines que atravesaron el mar con “las manos vacías, pero llenos los ojos de ella”, como cantaba hace nueve siglos Ibn Hamdis, poeta árabe de Noto, y por narradores - ostra, quizá los más audaces que hayan quedado. “Vivir en Sicilia exige imaginación”, advierte Sciascia. Y Consolo a su vez añade “aún más nostálgica e intensa si se vive en otro lugar con Sicilia dentro del alma”. Aquí *ad infinitum* proliferan quimeras que viven por la ebriedad del sueño, la deformación del delirio, el autoengaño de la vida consciente.

Y, doloroso, liberador tormento autoanalítico o sufrida comprobación, el rito de la escritura, originada por el intrépido viaje en el *nostos* memorial, generoso de palpitante luz mediterránea, prodigará su extraordinaria virtud terapéutica. “Escribir es angustia aunque angustia liberadora” observa Bonaviri.

Del deseo de restituir la fuerza cegadora de aquella luz, canalizada en la palabra literaria y capturada por el objetivo uno de los mejores artistas sicilianos, da razón este volumen en el cual escritura y fotografía, entre recepción contemplativa y traducción fantástica, comparten el mismo campo semántico. Se trata de una poco habitual exploración biográfica y cultural de la isla, que se presenta como registro de rostros, lugares, palabras, rescatados al devenir en virtud de itinerarios paralelos y complementarios. Como la literatura que está en condición de producir interacción cronológica entre pasado presente y futuro, la fotografía, moderno arte de la visión es implacable medio revelador de existencias, plasmadas en una condición de perenne instantaneidad. *Entelequia*, en la acepción aristotélica —tomista, dantesca, goethiana, felizmente recuperada por Sciascia, fragmento de tiempo histórico y psicológico en el cual se concentran muy a menudo los signos del poco generoso destino de hombres y cosas.

Una larga teoría de retratos, a veces marcados por los años, de los más clarividentes autores sicilianos, o de elección como Dacia Maraini y Luisa Adorno, desde Verga a nuestros días (ardua la elección y por fuerza difícil), y fotografías del paisaje, documentado, mejor recreado, por el magisterio de Giuseppe Leone, “ladrón de luz” e “inventor de sueños” por usar expresiones del gusto de Bufalino. Una sabia mezcla de datos

geográficos y referentes poéticos se filtra en la intensa transfiguración lírica de Sicilia. Y no podría ser de otro modo. ¿Es que la Sicilia narrada, lugar ético como pocos otros, recipiente de historia y poesía, pero también de mafia y atrocidades, es menos auténtica que la impresa en las placas del autor? A la isla Giuseppe Leone se aproxima con los mimos de un apasionado amante. Con la mirada voraz, atraída por el azar exasperante, juega con el resplandor de una tierra de olvidada belleza, evasivo enigma por descifrar. Él también, como el arquetipo Ulises que la atraviesa, hábil, astuto, simulador. Caminante novel, armado de un tercer ojo mecánico “el omnipotente Dios de los detalles”, como sostiene Boris Pasternak, merodea inquieto, dispuesto a colmar la distancia entre apariencia y realidad, afinando la inteligencia de la isla incomparable.

Esa isla, cuna del imaginario, *hortus* poético, *theatrum mundi*, inagotable fuente de inspiración, que dictó a Wolfrang Goethe el irrefutable epigrama “sólo aquí está la llave de todo”